

MÚSICA CLÁSICA

Patear la historia

Orquesta Nacional de España

Director: Juan Pablo Izquierdo.
Solista: Jean Pierre Dupuy, pianista.
Obras de Franck, Bruno Maderna y Ravel.
Auditorio Nacional. Madrid, 6 de marzo.

ENRIQUE FRANCO

El director chileno Juan Pablo Izquierdo (Santiago, 1935) ocupó de nuevo el podio de la Orquesta Nacional de España (ONE), sin que su presencia haya arrojado otra justificación que la presentación en Madrid del *Concierto para piano y orquesta* del italiano Bruno Maderna (Venecia, 1920-Darmstadt, 1973). No sólo se escuchaba la obra en estreno español, sino que el mismo nombre de autor aparecía por vez primera en los programas de la Orquesta Nacional.

A esta falta de información auténtica —en música, la única verdaderamente válida es la de

escuchar las obras— se debe, sin duda, que una parte del público pateara con furor unos pentagramas escritos en 1958 por un compositor ya situado en la historia. A la historia no se la patea. Que guste o no, es otra cosa, pues todo el mundo tiene derecho a decir sus preferencias sobre Maderna o sobre el Cid Campeador.

Según mi opinión, y la de tantos otros, Maderna fue un formidable talento musical que evidenció también como director, y una figura clave, con Berio y Nono, para el *aggiornamento* de la música italiana en los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial. Su sensibilidad musical y acústica era de extraordinario refinamiento, tanto en la música instrumental como en la electroacústica y en una tercera vía particularmente interesante: la asunción instrumental del pensamiento sonoro electroacústico. Todo ello sin olvidar la gracia derrochada en

páginas como su *Perlimplin* sobre García Lorca, en forma de ópera radiofónica.

El concierto es obra sobre la que se alza en lejanía la sombra de la forma tradicional en triptico y cuya parte central constituye un auténtico placer para quienes gusten de las sensaciones sonoras alquitaradas. No hay, ni siquiera para la fecha de su composición, novedades absolutas (¿cuándo y dónde las hay?), aunque aquí, o en cualquier otro ambiente musical conservador, puedan resultarlo.

Ataques del pianista

Me parece que lo que molestó más a los asiduos fueron los ataques directos del pianista sobre las cuerdas, la madera del piano o el papel de la partitura. Y eso que el pianista Jean Pierre Dupuy, hombre prudente, les ahorró las fuertes caídas de la tapa del piano sobre el tecla-

do. Todo ello, en suma, son detalles nimios.

La originalidad está en la misma idea creativa del músico Maderna (un enamorado y buen intérprete de Monteverdi y Mozart) y pertenece a un capítulo concreto y significativo de la música contemporánea europea. La historia se conoce, se estudia o se analiza. Lo más inútil es protestarla.

A pesar de los conocidos méritos del solista Dupuy y del honorable trabajo del director Izquierdo, la versión no me pareció del todo convincente, aunque hubiera cosas muy bien resueltas, tanto en la esfera de lo violento como en la de lo sutil. Menos dignas de recordación fueron las interpretaciones de la *Sinfonía* de Franck o la visión vertiginosa del *Bolero*. De haber estado presente Ravel, podría haber repetido lo que un día dijera a Toscanini: "Yo también he compuesto un *Bolero* parecido".



Fecha 9 MAR. 1992

MÚSICA

Concierto y polémica



RAFAEL
BENEDITO

Orquesta y Coro Nacionales

Director: Juan Pablo Izquierdo. Solista al piano: Jean-Pierre Dupuy. Programa: "Sinfonía en re menor", de César Frank. "Concierto para piano y Orquesta", de Madrena. "Bolero", de Ravel.

Vivir la música de nuestro tiempo es una apasionante aventura. Y eso es lo que se logró en este concierto y en la segunda mitad de la primera parte. Cuando terminó la interpretación del *Concierto para piano y orquesta*, de Bruno Moderna, hubo división de opiniones, más para el compositor que para los intérpretes. Silbi-

dos y abucheos, equilibrados con aplausos.

En mi opinión los intérpretes merecieron una ovación de lujo. Realizaron la obra con brillantez y verdad. Respetaron las indicaciones de colocación de la orquesta, y sonaron cumpliendo escrupulosamente los códigos específicos en producción sonora y medición de "tempos" que pedía el compositor. La entrega total del maestro Izquierdo fue profesional y ejemplar. Pero el "héroe" de la hazaña musical fue, sin duda, ese buen pianista que es Jean-Pierre Dupuy. Su realización, usando el piano como fuente sonora que va más allá de su mecánica tradicional y aprovechando sus posibilidades expresivas como mueble acústico, fue

irreprochable. Bruno Moderna, que murió en 1973, músico humanista, compositor comprometido con su tiempo y director de orquesta, logró una vez más apasionar al público, irritarle y concitar su interés.

Antes se escuchó una versión de calidad de la muy compleja y entrañable "Sinfonía en re menor", de César Frank. La Orquesta Nacional funciona muy aceptablemente con este director. El trabajo continuo entre profesores y Juan Pablo Izquierdo resulta eficaz en el resultado artístico. El emblemático *Bolero* de Ravel funcionó muy bien, tanto en su planteamiento rítmico-agógico como en el tímbrico. Al final se perdieron un poco los papeles en el resultado de la dinámica.

[Handwritten signature]

9 MAR. 1992

Fecha

CLASICA

DUPUY CON LA ONE (***)

El padre tiempo

CARLOS GOMEZ AMAT

Escenario: Auditorio Nacional. Orquesta Nacional de España. **Director:** Juan Pablo Izquierdo. **Solista:** Jean Pierre Dupuy, piano. **Música:** Franck: *Sinfonía en re menor*. Maderna: *Concierto para piano*. Ravel: *Bolero*. 6 marzo.

EL padre Tiempo está siempre jugando pasadas, unas malas y otras no tanto. Viene esto a cuento, un ejemplo, por el ir y venir de las modas. Cesar Franck fue, en Madrid, uno de los compositores más apreciados, siempre presente en los atriles. Eran años de «frankismo», algo anterior al otro. Ahora Franck aparece rara vez, aunque sigue llegando al corazón de todos.

La reflexión sobre el tiempo es oportuna, también, ante el rechazo de nuestros buenos filarmónicos —parte de ellos, claro— a la obra de Bruno Maderna. El compositor veneciano escribió esta música hace treinta años, y se murió hace nueve. Nos podemos preguntar si tiene algún sentido el pateo o la vociferación.

Maderna y los de Darmstadt cumplieron una función importante en la marcha de la música contemporánea. Quizá esta obra, en particular, ha envejecido mal, porque lo que en su día fueron sorpresas e incluso provocaciones, suena hoy a cosa ya muy explotada. El acogerla como si fuese la producción reciente de un joven vanguardista, denota una ridícula falta de información, que da un poquito de vergüenza. Que no nos gusta. Pues a lo mejor estamos de acuerdo. Pero se preferiría el encogerse de hombros o el suave bostezo. Organizar un escándalo a estas alturas está fuera de lugar.

Tampoco nos gustan mucho los dieciochescos de la escuela de Mannheim, sino sus grandes consecuencias como Haydn y Mozart, pero no dejamos de reconocer su mérito y su trabajo renovador.

Dupuy, gran conocedor de las corrientes contemporáneas, lo hizo muy bien. El maestro chileno Juan Pablo Izquierdo expuso correctamente a Franck, puso empeño en Maderna y logró un enorme éxito con un Ravel cuidado en la intención. Todos los solistas de la orquesta fueron justamente señalados y aplaudidos, empezando por el fenomenal Regolf. Este Ravel, que tiene más música de la que reconocía el autor, arrebató cuando funciona.

En el ciclo de Ibermúsica, la visita de la Philharmonia Orchestra es siempre fiesta de guardar. Esta vez ha venido con el exuberante suizo-canadiense Charles Dutoit. La estupenda Chantal Juillet, violinista de clase, hizo un Stravinsky puro, pulcro y poderoso. Por lo demás, repertorio muy bien tocado, con raro virtuosismo en timbales, tubas o contrabajos. Es más corriente que los violines sean buenos. El bicentenario Rossini, hermanado por el padre Tiempo con el impetuoso Berlioz. Ya saben la frase del socarrón «cisne de Pesaro» sobre su joven colega: «Es una suerte que este muchacho no sepa música, porque la haría muy mala». Con el uno, con el otro y con los demás, Dutoit y la Philharmonia han triunfado.

Escándalo por una obra de Maderna, en la ONE

«¡A ver qué dice usted mañana, don Antonio!». Un aficionado fiel a estos conciertos me interpeló así en voz alta, mientras se desarrollaba una tempestuosa protesta a la que él mismo contribuía con vehemencia. Acababa de concluir el «Concierto para piano y orquesta», de Bruno Maderna. La reacción de una gran mayoría fue irritada y ruidosa. Nunca tanto, desde los muy lejanos tiempos en los que el jovencísimo Cristóbal Halffter veía repudiadas con furor en el Palacio de la Música sus «Microformas», que lustros más tarde se escucharon sin que nadie se rasgase las vestiduras.

Queda reflejada la información objetiva. Añado que la obra dista de acercarse a mis ideales, pero que la audición no me causa ni la sorpresa ni el desasosiego ni el mal humor que a tantos produjo. Creo, sí, que no es el tipo de música por el que unos oyentes de gustos conservadores se acercarán mejor a otros conceptos estéticos. Pero no deja de ser un poco pueril que el escándalo surja en 1992 por un concierto estrenado en 1959, de autor con notorio rango en su orbe artístico, que presidió hasta su muerte en 1973.

¿Y qué irritaba al aficionado tradicional, que oye sin rechistar obras para él incomprendibles, aburridísimas, sin apoyaturas para captarle? Que el pianista arranque sonidos del instrumento lejos de la normalidad, no

sólo pulsaron las teclas: también las cuerdas, con los dedos, con distintas baquetas, golpes, incluso en la caja, aunque no con bruscos cierres de ella, a los que se refiere en sus «notas» documentadas Miguel Alonso y no empleó Jean Pierre Dupuy. Que la muy nutrida orquesta —en la que figuran tres saxofones y amplia percusión de teclados—, emplazada según plano que describe Maderna en su partitura, coopere con chisporroteos y más dosis general de turbulencia y salvajismo, que de melancolía y sentimiento, para continuar en línea de los comentarios de referencia.

Jean Pierre Dupuy, pianista especializado y prestigioso en el servicio a la música de hoy, fue especial destinatario, con Juan Pablo Izquierdo, de las airadas reacciones.

El maestro chileno, sobre el que escribí no hace mucho en estos mismos conciertos, había dirigido la «Sinfonía», de César Franck, que no escuché. Ofreció después el más vertiginoso «Bolero», de Ravel, imaginable, con el mérito, esos sí, de mantener el ritmo y una buena labor general de la ONE. De los muchos solistas, aparte la magnífica actuación de Enrique Llácer, «Regoli», profesor de caja insuperable, represento a los demás en el joven y excelente fagot, por lo comprometido de su intervención.

A.F.-C.

Fecha ...1.1.1992...

CRÍTICA / MUSICA

Varèse y Maderna

TOMAS MARCO

Lugar: Monumental y Auditorio.
Obras: «Amériques», de Varèse, y «Concierto para piano», de Maderna.
Interpretes: Orquesta RTVE y Orquesta Nacional. Jean-Pierre Dupuy, piano; directores, David Zinman y Juan Pablo Izquierdo.

CALIFICACION: ★★★

Las dos series de las orquestas de Madrid han ofrecido esta semana obras ya antiguas de compositores del siglo XX ya fallecidos, que, sin embargo, resultan más vivos que la mayoría de los en activo. La de RTVE ofrecía, en una buena versión de David Zinman y completando con la

popular «Sinfonía del nuevo mundo», de Dvorak, las «Amériques», de Edgard Varèse, que cincuenta años después es aún una de las obras más apabullantes de la historia musical por sus enormes efectivos y su gran orgía sonora y energética. Música recia y mágica que aún resulta novedosa y que lleva tanto al entusiasmo como al anonadamiento.

Por su lado, la ONE presentaba, junto a la «Sinfonía», de César Franck, y al conocido «Bolerero» raveliano, el estreno español del «Concierto para piano y orquesta», de Bruno Maderna, el que fuera refinado compositor y director veneciano. Obra de 1959,

entroncada en el serialismo integral y el «estilo Darmstadt», puede haber envejecido en ese aspecto pero es mucho más que eso con su impalpable juego de sonoridades y su atmósfera refinadísima. Fue espléndidamente tocado por el pianista Jean-Pierre Dupuy. Como es tenue y delicada, la obra no arrolla, como la de Varèse, y se presta más a la polémica. La hubo y fuerte. Con una de esas divisiones de opinión que hace tiempo no se daban y que muestran que Maderna no es una página seca de diccionario.

Excecente: ★★★ Muy buena: ★★★ Buena: ★★ Regular: ★ Mala: ●

- 1 -